



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Latinoamérica y la reconciliación iberoamericana

Autor: Zea, Leopoldo

Forma sugerida de citar: Zea, L. (1998). Latinoamérica y la reconciliación iberoamericana. *Cuadernos Americanos*, 6(72), 11-25.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año XII, Núm. 72, (noviembre-diciembre de 1998).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

✓ **Atribución:** usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.

No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.

Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

1898, Latinoamérica y la reconciliación iberoamericana

Por *Leopoldo ZEA*

PUDEL,

Universidad Nacional Autónoma de México

1. Rodó y el desastre de 1898

EN OCTUBRE DE 1992, en esta tribuna, españoles y mexicanos hacíamos un balance de la conmemoración del Quinto Centenario del Descubrimiento de América y el Encuentro de Dos Mundos. La víspera del 12 de octubre, su Majestad el Rey de España clausuraba en Sevilla esta conmemoración. Madrid se veía extraordinariamente iluminado, pero un ominoso silencio se hacía patente en sus calles vacías. Faltaba entusiasmo, había algo de frustración al final de esta conmemoración. Como responsable en México de la misma, me permití exponer lo que para los pueblos de la América que se llamaba Latina, así como para Asia y África, representaba 1492: "Estos pueblos no podían celebrar ni menos aún festejar el inicio de la conquista y la colonización de la tierra hecha por los europeos a partir de la hazaña española". Sin embargo se ha originado una honda reflexión en latinoamericanos e iberos. En ella se hizo patente la conciencia de que Iberia, España y Portugal, eran parte de la historia e identidad de Latinoamérica. Conciencia ya patente en 1898 cuando España dejaba de ser imperio y se hermanaba con los pueblos que su acción había originado. 1998 será por ello nueva oportunidad para reflexionar y conmemorar otro Centenario, el de la reconciliación iberoamericana. Esto ya está en marcha al uno y al otro lado del Atlántico, aunque sin los timbales que acompañaron el Quinto Centenario.

En 1898 corría la noticia a lo largo de América Latina de que en julio de ese año la flota española había sido hundida en Santiago de Cuba y el 26 de agosto en Cavite, Filipinas. En guerra relámpago, una nación surgida en la América descubierta por Colón, Estados Unidos, con fácil pretexto, declaraba la guerra a España obligándola a capitular en pocos días. Con los restos del viejo imperio español en América y Asia, Estados Unidos ponía en mar-

cha su propio proyecto para ocupar los “vacíos de poder” que dejasen o fuesen obligados a dejar los imperialismos europeos, España era el primero. La marcha para ocupar estos vacíos de poder se había iniciado en 1847 en la guerra con México y en 1856 con la presencia filibustera de William Walker en Centroamérica.

Los pueblos que ya se denominaban latinoamericanos y los del Caribe que habían enfrentado el coloniaje español recibieron la noticia sin júbilo alguno, por el contrario, la vieron con ominosa pena. La agresión a España era una agresión más a la que José Martí llamaba “Nuestra América”. No fue contra España, su pueblo, que los pueblos de América se habían enfrentado, sino contra el absolutismo imperial enfrentado también en España por otros españoles. Los pueblos de la América bajo hegemonía española no reclamaban para sí nada que no reclamase para sí el español en la Península: relación igualitaria entre pares. Ambos enfrentaban al mismo absolutismo imperial. Era una guerra civil, no entre naciones. Pero fueron oídos sordos los que hicieron que Bolívar pasara a una guerra civil a muerte.

Será dentro del contexto de la agresión a España por el imperialismo emergente que la inteligencia latinoamericana considere como una agresión a toda la América hispana, a la América cuya sangre y cultura enraizaba en la nación agredida.

Así lo siente el uruguayo José Enrique Rodó, cuya reacción se hará expresa en *Ariel*. Emir Rodríguez Monegal, al prologar la obra del pensador uruguayo, habla de *Ariel*, diciendo: “El libro no nace sólo bajo el signo de Minerva; nace bajo el signo del Desastre. La guerra entre Estados Unidos y España por la posesión de Cuba y lo que ella implicaba de amenaza intervencionista para las naciones hispanoamericanas, le preocupó intensamente”. Víctor Pérez Petit, biógrafo y amigo de Rodó, recordaba: “Esta ruda contienda arrojó nuestros ánimos, el de Rodó y el mío, en la mayor de las tribulaciones. Queríamos y anhelábamos la libertad de Cuba, último pueblo de América que permanecía sujeto al yugo de España. Pero lo que no admitíamos de ningún modo era la intervención de Norteamérica. ¿Qué tenía que ver esa nación extraña en la contienda de los pueblos de otra raza? ¿Qué tenía que inmiscuirse en algo que para nosotros era un ‘asunto de familia’. [Amábamos] a España, honda y profundamente. Y tanto como amábamos a España, nos disgustaba Norteamérica. Habría que decir todo esto, exclamaba Rodó, bien profundamente, con mucha verdad, sin ningún odio, con la frialdad de un Tácito. La obra así proyectada fue *Ariel*”.

En *Ariel* José Enrique Rodó recupera a la España que amaban quienes habían recibido de ella raza y cultura, así como la capacidad para asimilar todas las razas y culturas de la tierra. Asimilarlas, mestizarlas y, al hacerlo, universalizarlas. Pues fueron los mismos conquistadores y colonizadores los que, acaso sin proponérselo, trajeron consigo esta capacidad asimiladora que habían adquirido a lo largo de casi ocho siglos bajo dominio islámico, africano, sobre lo germano. Capacidad para asimilar, racial y culturalmente, de la que carecía el sajón que había colonizado Norteamérica. La misma capacidad latina del antiguo imperio romano, que fue heredero a su vez del imperio helénico creado por Alejandro de Macedonia. La latinidad que había permitido a Roma mantener por varios siglos el orden del Mediterráneo que bañaba tanto a Europa como a Asia y África. A esta capacidad latina se refería Bolívar como *romanía*, luego fue llamada *latinidad*, como nos lo explica Arturo Ardao. Una latinidad genéricamente abierta, en oposición al sajonismo puritano y racista, cerrado a cualquier otra expresión de lo humano.

Es el espíritu que encarna en *Ariel*, que así incorpora a España por haber dado origen a una región en la tierra auténticamente universal, plurirracial y pluricultural. José Enrique Rodó destaca el peligroso atractivo, la seducción, que sobre Latinoamérica están ejerciendo los Estados Unidos. Peligro hecho patente en el proyecto civilizador de los argentinos Domingo F. Sarmiento y Juan Bautista Alberdi, que tratan de hacer de la región del sur otros Estados Unidos y de sus habitantes otros yanquis. Y para lograrlo borrar a España, y con ella al indígena, al africano y al mestizaje que ella integró, luego usar el positivismo como instrumento para troquelar nuevos cerebros, y lavados de sangre con inmigrantes europeos para que hiciesen por esta región lo que otros habían hecho por Estados Unidos. Así, esta región de América sería tan grande como su gran modelo estadounidense. Se rompía el coloniaje español impuesto para asumir libremente el coloniaje sajón. “La poderosa federación —dice Rodó— va realizando entre nosotros una suerte de conquista moral. La admiración por su grandeza y por su fuerza es un sentimiento que avanza a grandes pasos. Y de admirarla se pasa por una transición facilísima a imitarla. Se imita lo superior o lo que se cree tal, y es a partir de esta creencia que se puede aceptar libremente una nueva subordinación o dependencia”. Así se pasa a una “América *deslatinizada*”, a la nordomanía. Habrá que evitarla: “Tenemos nuestra *nordomanía*

—dice Rodó— es necesario oponerle los límites de la razón y el asentimiento”. Habrá que volver sobre nosotros mismos, sobre nuestro pasado, nuestra historia, a lo que se ha sido, y a partir de aquí a lo que se quiere ser.

¿Pero Ariel debe rechazar el espíritu práctico estadounidense, sajón, expresado en la figura de Calibán? No, simplemente impedir que Ariel sea instrumento de Calibán, haciendo suya la capacidad pragmática de los Estados Unidos pero al servicio de lo que simboliza Ariel, al servicio de la América que se designa Latina. Tampoco se tiene que rechazar el tiempo, el cosmopolitismo, que ha originado la presencia de Calibán, se debe actuar en este tiempo pero sin dejar de ser quien se es. “Falta tal vez —escribe Rodó— en nuestro carácter colectivo, el contorno seguro de la ‘personalidad’. Pero en ausencia de esa índole perfectamente diferenciada y autonómica, tenemos los americanos latinos una herencia de raza, una gran tradición étnica que mantener, un vínculo sagrado que nos une. El cosmopolitismo, que hemos de acatar como una irresistible necesidad de nuestra formación, no excluye ni ese sentimiento de fidelidad a lo pasado, ni la fuerza directriz y plasmante con que debe el genio de la raza imponerse en la refundación de los elementos que constituirán al americano definitivo del futuro”. En esta afirmación está presente España, como herencia de sangre y cultura, ajena al imperio que ha sido aniquilado en el Caribe y el Pacífico por el nuevo y siniestro imperio creado por el espíritu de Calibán.

2. Martí, guerra civil

Pocos años antes el cubano José Martí, un 18 de mayo de 1895, desde Dos Ríos, Cuba, escribe a su amigo mexicano Manuel Mercado, en la víspera de su muerte, mientras lucha contra el imperialismo español: “Estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber, puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo, de impedir a tiempo, con la independencia de Cuba, que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América”. Martí teme, como sucedió, que la nueva potencia imperial, con el pretexto de la libertad de Cuba, se la anexe y a partir del Caribe se extienda sobre América Latina. “Viví en el monstruo —prosigue— y conozco sus entrañas”. La guerra por la que morirá Martí no es contra España, sino contra la arrogancia imperial española. Guerra

intestinal a la que esa arrogancia ha conducido. Guerra civil pero que no puede servir de pretexto para que otro imperialismo, ajeno a la raza y cultura de lo que Martí llama "Nuestra América", se aproveche y se imponga a su vez. Es la misma lucha que se viene dando dentro de la misma España; guerra contra el absolutismo imperial. La misma lucha de los republicanos españoles que, una y otra vez, insisten en el respeto a los fueros de sus regiones y las libertades de sus individuos. Los cubanos piden lo mismo y lo piden muriendo, dice Martí, como los republicanos españoles han pedido tantas veces su libertad contra la opresión.

¿Cómo ha de haber republicano honrado —pregunta Martí— que se atreva a negar para un pueblo el derecho que él usó para sí? ¿No espantará a la República española saber que los españoles mueren por combatir a otros republicanos? Desgraciadamente la arrogancia española seguía siendo el impedimento para crear una nación de naciones libres pero unidas por la sangre, la cultura y la lengua. Martí no comprende la resistencia de la república española a la independencia de Cuba, tal y como la han alcanzado otras repúblicas en el continente hispanoamericano. Cuba ya no se conforma con la autonomía, que se le negó antes: Cuba es española y quiere para sí lo que otros españoles ya han alcanzado, sin restricciones; quiere para sí lo que los republicanos en España.

Esto es, guerra intestinal, pero otra será la que Martí ve perfilarse en la víspera de su muerte, originando la interferencia de una fuerza extraña a la idiosincrasia de los pueblos de la región, Estados Unidos. ¿Se han de enfrentar españoles con españoles para que otras gentes hagan de su sangre derramada instrumento en su peculiar beneficio? ¿Morir para que otros pueblos se queden con la presa que querían los españoles? "Sobre nuestra historia —escribe Martí— hay otro plan más tenebroso que lo que hasta ahora conocemos y es el inicio de forzar a la Isla, de precipitar a la guerra, para tener pretexto de intervenir en ella y, con el crédito de mediador y de garantizador, quedarse con ella. Cosa más cobarde no hay en los anales de los pueblos libres; ni maldad más fría. El poderoso vecino crece más cada día y busca realizar sus ya viejos sueños hegemónicos sobre las tierras que España y Colón abrieron al mundo. Creen en la superioridad incontestable de la raza anglosajona contra la raza latina". Es un pueblo que nos desdenea porque somos multiculturales y multirraciales. Habrá entonces que volver sobre nosotros mismos y potenciar la historia, la tradición

y la cultura que impida el desprecio dominante y la bajeza del que se ve a sí mismo como inferior.

3. *Bilbao, la América sajona y la América hispana*

Es la filosofía que se va haciendo patente en América Latina frente al desastre español en la guerra que le impuso el imperialismo estadounidense en 1898. La idea de una historia común que vive Latinoamérica a partir de los proyectos de la Doctrina Monroe, de una "América para los estadounidenses". Proyecto enfrentado al del Libertador, Simón Bolívar. Por ello los emisarios estadounidenses en Panamá tratarán de impedir esta integración como impedirán la liberación de los pueblos del Caribe español para hacerse de ellos oportunamente. Es la América que se empieza a denominar Latina, en contraposición con la sajona, que sabe ya de guerras provocadas, como la impuesta a México en 1847, en la que pierde más de la mitad de su territorio; la guerra que animó al filibustero William Walker a atacar en 1856 Centroamérica, vista como un buen lugar para que la marina estadounidense pudiera pasar del Pacífico al Atlántico. La agresión a España en 1898 no era sino una expresión más de la agresión sajona a los pueblos latinos de América. España es parte de esta América, como esta América es fruto de la España que supo asimilar razas y culturas diversas.

Como antecedente es muy importante el pensamiento del chileno Francisco Bilbao. Un 22 de junio de 1865 desde París, y en presencia de varios ciudadanos de las repúblicas del sur, presenta la iniciativa para un Congreso Federal de las Repúblicas de esta región al sur de América. Latinidad que nada tiene que ver con la que Napoleón III de Francia usará para justificar un nuevo imperialismo frente al que ya ha surgido en Norteamérica. Bilbao trató de alcanzar la integración regional ya intentada por Simón Bolívar en 1826. Bilbao no niega la admiración que originó la nación que está emergiendo al norte del Continente, Estados Unidos. Conoce su atractivo y su fuerza, pero también lo que ello puede significar para la otra América, la de origen español.

"Conocemos las glorias y aun la superioridad del Norte, pero también nosotros tenemos algo que colocar en la balanza de la justicia". El espíritu práctico sajón ha hecho grandes y extraordinarias cosas; el espíritu latino de la América de origen español también las ha hecho, pero de otro género. Los sajones han entra-

do a la historia del continente como hombres libres, escapando al absolutismo de las monarquías europeas. “Lejos de reyes y siendo todos reyes, lejos de las castas raquílicas de Europa. No así nosotros; fueron los hombres de Felipe II que en la nave del Concilio de Trento atravesaron el océano para hacer con la espada el desierto de razas y culturas. Cuna de hierro fue nuestra cuna, sangre de naciones fue nuestro bautismo, himno de terror fue el cántico que saludó nuestros primeros pasos”. “Sin más luz que la que permitía el Escorial, sin más voz que la obediencia ciega. Extendieron una piedra funeral sobre el Continente. Y a pesar de eso hubo palabras, hubo luz en las entrañas del dolor y rompimos la piedra sepulcral, y hundimos esos siglos en el sepulcro de los siglos que nos habían destinado. Tal fue el arranque”.

Pero ¿qué han hecho los Estados Unidos, la América Sajona? “Ya resuena por el mundo —dice Bilbao— ese nombre de los Estados Unidos, contemporáneo de nosotros y que tan atrás nos ha dejado”. Surgió allí una gran nación. “El libre pensamiento, el *self government*, la franquicia moral y la tierra abierta al emigrante, han sido las causas de su engrandecimiento y de su gloria. Fueron el amparo de los que buscaban el fin de la miseria, de los que huían de la esclavitud feudal y teocrática de Europa. Ése fue el momento heroico de sus anales. Todo creció: riqueza, población, poder y libertad”. Pero “volviéndose sobre sí mismos y contemplándose tan grandes, han caído en la tentación de los titanes, creyéndose árbitros de la tierra y aun los competidores del Olimpo”. La personalidad infatuada desciende al individualismo, su exageración al egoísmo y de aquí a la injusticia y a la dureza de corazón no hay más que un paso. Pretenden en sí mismos concentrar el universo. Tanta grandeza desembocó en injusticia y agresión. “No abolieron la esclavitud de sus estados, no conservaron las razas heroicas de sus indios ni se han constituido en campeones de la causa universal, sino del interés americano, del individualismo sajón. Se precipitaron sobre el sur, y esa nación que debería haber sido nuestra estrella, nuestro modelo, nuestra fuerza, se convierte cada día en una amenaza de la autonomía de la América del Sur”.

Sajonismo frente a latinoamericanismo es ya la filosofía de la historia que se va perfilando como una dialéctica que tiene sus raíces en Europa pero que en América se hace explosivamente patente. Es la filosofía de Bilbao, Martí y Rodó, quienes destacan valores que el individualismo y pragmatismo sajón impiden aceptar. Valores que en este gran y extraordinario continente descu-

bierto pueden adquirir en extraordinario volumen. Lucha dialéctica entre la América sajona con su pragmatismo y la latina con su capacidad para incorporar las múltiples y diversas expresiones de humanidad.

En esta América, decía Bolívar, los grandes hombres, contrariamente a lo que pensaba Hegel, no quieren ser conquistadores sino libertadores. En esta América se han destacado valores apenas entrevistos en Europa. Nosotros, dice Bilbao, “hemos tenido que organizarlo todo. Hemos tenido que consagrar la soberanía del pueblo en las entrañas de la educación teocrática. Hemos tenido que despertar a las masas a riesgo de ser sofocados con la fatalidad de su peso, para iniciarlas en la vida nueva dándoles la soberanía del sufragio. Hemos hecho desaparecer la esclavitud de todas las repúblicas del Sur, nosotros los pobres, y vosotros los felices y los ricos no lo habéis hecho; hemos incorporado a las razas primitivas, porque las creemos nuestra sangre y vosotros las extermináis jesuíticamente. Creemos y amamos todo lo que nos une; preferimos lo social a lo individual, la belleza a la riqueza, la justicia al poder. No vemos en la tierra, ni en los goces de la tierra, el fin definitivo del hombre; y el negro, el indio, el desheredado, el infeliz, el débil, encuentran en nosotros el respeto que se debe al título y a la dignidad del ser humano. He aquí lo que los republicanos de la América del Sur se atreven a colocar en la balanza, al lado del orgullo de las riquezas y del poder de la América del Norte”.

Los sucesos de 1898 son así parte de esta historia, hecha carne en América, la de un conjunto de pueblos multirraciales y multiculturales que se han ido integrando a partir de la misma experiencia que dio origen a España. La misma Europa ibérica que en Europa ha sido agredida de diversas formas. Agredida por esa su diversidad que busca su integración en una unidad racial y cultural como expresión de lo humano por excelencia. Es esta misma diversidad la que también separa a los americanos del sur de las metrópolis ibéricas que justifican su dominio imperial. Por ello el fin de este imperialismo pone fin a la separación. La América ibérica puede ahora unir su destino con la región de la que se sabe expresión y lleva dentro de su peculiar idiosincrasia. Reencuentro con algo que da sentido a una y otra región del Atlántico. Así fue como la inteligencia que se denomina latinoamericana recibió el desastre del imperio español: como la caída del muro que separaba del pueblo que sentía como parte de sí.

La reacción de la España de la Península siguió otra línea; al menos así lo expresan algunas de las lecturas de la Generación del 98. Reacción que Pedro Laín Entralgo ha recogido en su magnífico trabajo *España como problema* en relación con la polémica sobre la ciencia española que confluye con esa generación. El desastre visto como expresión de un tiempo perdido, de un pasado inútil y con ello la necesidad de recuperar lo perdido saltando los Pirineos en donde se originó el imperio donde nunca se ponía el sol. Ortega y Gasset, heredero de ese sentimiento, se niega a ser mediterráneo, para poder ser germano, quiere anular al moro que lleva dentro por el godo que quiere ser. Algo que recuerda los empeños de los pensadores latinoamericanos, los civilizadores y positivistas, empeñados en borrar a España y en ser como lo que no eran, como otros Estados Unidos y otros yanquis del sur.

4. Vasconcelos y la raza cósmica

HEREDERO de la tradición filosófica latinoamericana de los Bilbao, Martí y Rodó, el filósofo mexicano José Vasconcelos publica en 1925 un libro en el que adquiere pleno sentido el pensamiento que le antecede; libro que titula *La raza cósmica*. Una filosofía de la historia de fuerzas que dialécticamente se enfrentan en Europa y se prolonga en América, culminando en la Guerra Hispano-Americana de 1898, como el enfrentamiento de dos Américas: la Latina y la Sajona. La lucha se inicia por la hegemonía sobre Europa y se prolonga en el Nuevo Mundo. “Desde los primeros tiempos —escribe—, desde el descubrimiento y la conquista, fueron castellanos, británicos, latinos o sajones, los que consumaron la tarea de iniciar un nuevo periodo de la historia, conquistando y poblando el hemisferio nuevo”. La pugna se hace patente entre el imperio español de Felipe II y la Inglaterra de Isabel I. “Pugna de latinidad contra sajonismo ha llegado a ser —dice Vasconcelos—, sigue siendo en nuestra época, pugna de instituciones, de propósitos y de ideales. Crisis de una lucha secular que se inicia con el desastre de la Armada Invencible y se agrava con la derrota de Trafalgar. El conflicto se desplaza al continente nuevo, donde tuvo todavía episodios fatales. Las derrotas de Santiago de Cuba, Cavite y Manila son eco distante, pero lógico, de las catástrofes de la Invencible y Trafalgar. Y el conflicto está ahora planteado en el Nuevo Mundo”.

Pero ¿por qué hablar de América Latina y no española? Vasconcelos lo explica diciendo: “Háblese al más exaltado indianista de la conveniencia de adaptarnos a la latinidad y no opondrá el menor reparo; dígame que nuestra cultura es española y en seguida formulará objeciones”, y es así “porque aún subsiste —dice Vasconcelos— la huella de la sangre vertida, huella maldita que no borran los siglos. Y no hay otro recurso. Los mismos indios puros están españolizados, están latinizados, como latinizado está el ambiente”. Pero latina es también España y es a través de la latinidad que se incorpora a España. “Los llamados latinos, tal vez porque desde su principio no son propiamente tales latinos, sino un conglomerado de tipos y de razas, persisten en no tomar muy en serio el factor étnico para sus relaciones sexuales. Y es en esta fusión de estirpes donde debemos buscar el rasgo fundamental de la idiosincrasia iberoamericana”. Por ello la raza que se está forjando en esta región de América será la raza definitiva porque asimilará a todas las razas. No es una raza en sentido biológico sino en su capacidad para ver en el otro a un semejante a partir de su propia desemejanza. El ser distinto, como todos los hombres lo son entre sí, pero no tan distintos que dejen de ser hombres.

José Vasconcelos hace patente una nueva y extraordinaria utopía, fruto de la capacidad latina e ibera para mestizar la diversidad de lo humano, tanto racial como culturalmente. “En la América española —dice Vasconcelos— ya no repetirá la Naturaleza uno de sus ensayos particulares, la que esta vez salga de la olvidada Atlántida no será la futura, ni una quinta ni una sexta raza, destinada a prevalecer sobre sus antecesoras; lo que allí va a salir es la raza definitiva, la raza síntesis o raza integral, hecha con el genio y con la sangre de todos los pueblos y, por lo mismo, más capaz de verdadera fraternidad y de visión realmente universal”. Será una “raza hecha con el tesoro de todas las anteriores, la raza final, la raza cósmica”.

Las grandes derrotas españolas en el Canal de la Mancha, Santiago de Cuba y Cavite, son sólo el preámbulo de la gran victoria de la raza de razas, cultura de culturas que su acción expansiva está ya originando a nivel planetario, entrando en las entrañas de los supuestos grandes triunfadores de la historia de nuestros días en Europa y América, en el mundo occidental, germano, puritano y calvinista que ahora a fines del siglo xx se siente acorralada por las mismas gentes que su imperialismo llevó a sus mismas entrañas. Gente traída de distintos lugares de la tierra, de razas diver-

sas: negra, amarilla, roja, aceitunada. Y con ella el planteamiento de problemas que parecían ajenos a lo que se considera auténtica filosofía, la filosofía por excelencia, como son los problemas de identidad, el querer saber qué se es en medio de la ineludible diversidad de lo humano. Algo semejante al planteamiento, que es propio del filosofar latinoamericano, por saber su lugar, pero en un mundo supuestamente unirracial y unicultural. La raza cósmica se expresa en este filosofar como capacidad para integrar la diversidad de lo humano a partir de la comprensión de esas diversidades que el español aprendió a lo largo de ocho siglos de coloniaje islámico, anterior a su expansión sobre la tierra a partir de 1492, universalizándola.

5. *Gaos, la historia integral iberoamericana*

EN 1931 se proclama en España la Segunda República y en 1936 se inicia la Guerra Civil que responde a las tensiones que darán origen a la Segunda Guerra mundial que se inicia en 1939. Guerra provocada por los totalitarismos italiano y alemán, que engendraron el franquismo en España. América Latina sabe ya de la guerra sucia por la que Estados Unidos impone su propio orden en la región. Con este espíritu México mantiene buenas relaciones con la Segunda República española y participa activamente en apoyo de la misma en la Guerra Civil. Poco antes de que termine la guerra recibe en su seno a muchos de los mejores de los hijos de esta España. La reconciliación iniciada en 1898 es ya un hecho, ya está superada la incompreensión de la Primera República, de la que habló Martí. Abierta comprensión y solidaridad de América Latina recibiendo en su seno lo que uno de los hijos de esta España llamará *transtierro*.

La nueva y masiva presencia de la España del éxodo afirma la reconciliación anunciada en 1898. Pero es otra España la que llega a México y otras partes de Latinoamérica. México, centralmente, asume como propia a esta España, la hace suya, la incorpora a su vida originando así grandes cambios en la cultura nacional, cuyos frutos se harán patentes en los últimos tiempos. Vencida la República, la ruptura con el gobierno totalitario separa a México de la España continental.

José Gaos formará parte de la llamada Escuela de Madrid, que la filosofía de José Ortega y Gasset había originado. Es la filosofía que atiende a las circunstancias para resolver los problemas pro-

prios de la historia de España y los de la identidad de los españoles. Gaos mantiene esta filosofía en su éxodo a México y toma conciencia de la estrecha relación que guarda este filosofar con el de México y Latinoamérica, enfrascado en la misma problemática, aunque a partir de situaciones distintas. La lectura que hace Gaos del libro del mexicano Samuel Ramos *El perfil del hombre y la cultura en México* hace patente esta relación y cómo lo que se venía haciendo en España puede ser continuado en México y Latinoamérica pero en un nivel más amplio, el que se plantea en ambos lados del Atlántico. Gaos no sigue a su maestro Ortega en su afán por saltar los Pirineos e incorporarse a Europa. España para Gaos es parte de una España más grande, la prolongación de la región de la tierra a la que la misma España dio origen. Gaos acuña el término de *transtierro*, que no de destierro. Una y la misma tierra, una y la misma obra, una y la misma meta.

José Gaos destacó la relación que guarda la historia de la España peninsular en Europa con la España que se ha formado en América. Una sola y gran historia de pueblos que al uno y al otro lado del Atlántico enfrentan el mismo absolutismo, la misma dependencia, el mismo coloniaje imperial germano, heredero del Sacro Imperio Romano. Gaos interpreta los sucesos de 1898 como el fin del sistema imperial que se imponía tanto a españoles de la metrópoli como a los del continente americano. En 1898 la hazaña liberadora, que se inicia en el continente en 1816, alcanza su fin con la derrota del imperio español en las Antillas. Sólo falta liberar de ese coloniaje a la propia España insular. Entre “el movimiento inicial que puede cifrarse en 1810 y el eventual momento final —dice Gaos— un momento intermedio de importancia singular, el que corresponde al año 98. El 98 data un acontecimiento de importancia máxima en la historia de España y de la América Española: el fin del imperio español”. Intermedio porque representa el punto final de la lucha de liberación en América y el inicio del que ha de ser punto final para el pueblo español en Europa: independizarse de sí mismo, de la fuerza imperial que se gestó en el pasado.

“En 98 —sigue Gaos— al hacerse independiente de la metrópoli la última colonia, no sólo se hacía independiente ella de la metrópoli: decisivamente *ipso facto* hacía independientes consigo a las otras también colonias y a la metrópoli misma del pasado común terminando con el imperio en la misma forma en las colonias y en la metrópoli”. Desaparecido el imperio de ultramar, la

metrópoli misma podría independizarse de sí misma, de su propio pasado, de una fuerza que dejaba de existir. “España —escribe Gaos— es la última colonia de sí misma, la única nación hispanoamericana que del común pasado imperial queda por hacerse independiente, no sólo espiritual sino políticamente”. Hispanoamérica ha realizado plenamente su emancipación, ahora sólo está empeñada en emanciparse mentalmente de ese pasado. España, ya sin imperio, deberá hacer lo mismo y borrar el espíritu autoritario que, como en Hispanoamérica, tratará de emerger una y otra vez. Gaos sabe ya de la persistencia autoritaria, imperial, que le ha enviado al transtierro. Gaos no llegó a ver el triunfo final en esa lucha independentista del espíritu libertador que deseaba para la España metropolitana.

“En el siglo xvii —sigue Gaos— se inició en España y sus colonias americanas el que debe considerarse un mismo movimiento por la identidad de sus orígenes y de su dirección. En España un movimiento de renovación cultural, de reincorporación después de la decadencia inmediata anterior, de revisión, de crítica del pasado que había concluido en aquella decadencia. El primero, un movimiento de independencia espiritual y política respecto directamente de la metrópoli. Ambos, en conclusión, movimientos de independencia respecto del pasado propio que es el mismo”. Pero este paralelismo fue poco entendido en la metrópoli. Hubo españoles que lucharon por la independencia en América, pero otros se opusieron como los de la Primera República a que se refería Martí. La actitud de México y otras naciones latinoamericanas al ayudar a la Segunda República a recibir a sus hijos como propios era un gesto distinto del de la Primera República respecto de la independencia de Cuba.

En el continente latinoamericano, al terminar la lucha por la emancipación política respecto de la metrópoli española, se habló de inmediato de la necesidad de una nueva emancipación, la “emancipación mental”, frente a un espíritu que trataba de mantener el viejo orden colonial sin España, en beneficio de cuerpos de poder coloniales. Lo mismo sucedía en España y seguirá sucediendo aún después de terminar el imperio. Se trataba de mantener el viejo orden imperial aun sin imperio. Así entiende Gaos su propia experiencia histórica, la experiencia de la Guerra Civil que le obligó al transtierro.

“Han sobrevivido —escribe— dentro de las nuevas naciones independientes, en las clases o grupos sociales y políticos que han

seguido siendo partidarios del pasado o de lo que éste representaba espiritual, social, materialmente; que se opusieron a la independencia y han reaccionado repetidamente contra las manifestaciones y efectos del consecuente desarrollo histórico del movimiento de independencia espiritual y políticamente, apoyando movimientos culturales y hasta políticos y bélicos retrógrados; de clases o grupos sociales y políticos con el espíritu de la vieja España imperial, si no con un ideal preciso para imponerse a los demás habitantes de las naciones independientes de la América Española, imponiendo el pasado imperial dentro de éstas". Así ha sido en Hispanoamérica, a partir de su emancipación política, así ha sido en la metrópoli, aun sin imperio.

Con las reflexiones de mi maestro José Gaos, podremos concluir los enfoques que respecto de una historia común hispanoamericana originaron los sucesos de 1898. La toma de conciencia de una historia común y con ello la posibilidad de enfrentar en común los problemas que se están haciendo patentes en los últimos tiempos. Los de la ineludible entrada a la globalización para la cual los pueblos de esta región a ambos lados del Atlántico están históricamente preparados. Entrada a una historia común que no implica la renuncia a la propia y peculiar idiosincrasia. Una historia común universal, como es la que anuncia la globalización pero sin negar la ineludible diversidad de lo humano, su ineludible concreción. Lo multiétnico y multicultural como fuente inagotable de lo humano y su cultura. 1998 es, así, el Primer Centenario de la Reconciliación iberoamericana, es como un punto de partida de la reconciliación que han de alcanzar entre sí todos los pueblos del planeta.